

Históricas Digital

Delia Salazar Anaya

“Miradas ajenas”

p. 539-566

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Miradas ajenas*

DELIA SALAZAR ANAYA
Dirección de Estudios Históricos, INAH

El nacimiento de un texto histórico erudito, memorable, significativo y muchas veces imprescindible suele ser fruto de un largo proceso de gestación. Tal es el caso del texto al que Moisés González Navarro dedicara más de cuarenta años empleados en la búsqueda, sistematización y escritura de una historia que reúne los destinos colectivos de varios millares de individuos y que ocupa las páginas de los tres volúmenes dedicados a *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, publicados entre 1993 y 1994.

Aunque es un tanto extremo estimar con precisión la ardua jornada que un autor dedica a la escritura de una historia monumental, González Navarro parece identificarse con el número siete en sus obras más significativas. Así en la elaboración del grueso tomo que se ocupa de *El Porfiriato. La vida social*, de la conocida *Historia moderna de México*, coordinada por Daniel Cosío Villegas,¹ González Navarro invierte siete de sus más intensos años juveniles; otros tantos, reservó sólo al proceso de ordenación y escritura de los tres volúmenes de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, en tanto que, en el mismo periodo pretende concluir su más reciente obra intitulada *Cristeros y agraristas en Jalisco*, de la que hace poco apareció el segundo volumen de una nueva tríada.²

Sin embargo, la experiencia acumulada por González Navarro durante más de cuarenta años de investigación, ordenación y escritura contribuyeron al andamiaje de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*. Sus antecedentes se remontan a un breve ensayo sobre la política colonizadora del régimen porfirista divulgado en *Estudios históricos americanos. Homenaje a Silvio A. Zavala*, de 1953, y a su clásica obra *El Porfiriato. La vida social* de 1957, en donde dedica algunos

* Este estudio se refiere a la obra objeto de Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, 3 v., México, El Colegio de México, v. I, 1993, 600 p.; v. II, 1994, 508 p.; v. III, 1994, 539 p. En adelante se citará entre paréntesis, dentro del texto, el volumen y la página correspondientes. Agradezco ampliamente al maestro Moisés González Navarro su colaboración y entusiasmo para la realización del presente ensayo.

¹ Moisés González Navarro, *El Porfiriato. La vida social*, en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, 8 v. en 10 t., México, Hermes, 1955-1972, v. 4, 1957.

² Moisés González Navarro, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, 2 v., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000-2001, ils., mapas, fotos.

pasajes a los fundamentos demográficos y políticas migratorias del Porfiriato, pero que también tuvieron su antecedente en sus trabajos de corte jurídico-sociológico sobre Lucas Alamán e Ignacio L. Vallarta de 1949, 1952 y 1956.³ Aunque en su producción primigenia, a las que también se podría sumar *La colonización en México* de 1960,⁴ González Navarro apuntala el conocimiento de los extranjeros en México —asunto apenas explorado en aquel momento en que sólo existían algunos textos pioneros de Moisés T. de la Peña y Gilberto Loyo—;⁵ su interés por la otra cara de la moneda, los mexicanos en el extranjero —en los que también había abrevado Manuel Gamio—,⁶ se manifiesta con mayor fuerza en otras obras de publicación más reciente como *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén* (1970), *Población y sociedad en México, 1900-1970* (1974), *Anatomía del poder en México* (1977) o *La pobreza en México* (1985).⁷ A esta voluminosa producción se suman distintos ensayos publicados en revistas y libros colectivos que en buena medida constituyeron distintas entregas de una obra historiográfica edificada a través de cuatro décadas de vigorosa actividad académica.

³ Moisés González Navarro, *Vallarta y su ambiente político-jurídico*, México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1949, 165 p.; *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, El Colegio de México, 1952, 178 p., e Ignacio Luis Vallarta Ogazón, *Vallarta en la reforma*, prólogo y selección de Moisés González Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, xxx-235 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 76).

⁴ Según el propio González Navarro, su libro *La colonización en México 1877-1910* (México, Talleres de Impresión de Valores, 1960, 160 p., ils.) era una parte del plan original de *El Porfiriato. La vida social*, pero debido a la extensión de la investigación se publicó aparte. Entrevista a Moisés González Navarro, realizada por Delia Salazar Anaya en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, el 20 de diciembre de 2000, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Biblioteca Manuel Orozco y Berra, Dirección de Estudios Históricos. En adelante las referencias a esta entrevista se indicarán entre paréntesis, con una letra (E).

⁵ Moisés T. de la Peña, "Extranjeros y tarahumaras en Chihuahua", en Miguel Othón de Mendizábal, *Obras completas*, 6 v., México, Talleres Gráficos de la Nación, 1945-1946, ils.; "Problemas demográficos y agrarios", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, v. II, n. 3-4, julio-diciembre 1950, p. 9-327. Gilberto Loyo, *La emigración de mexicanos a los Estados Unidos*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1931, 15 p.; *La política demográfica de México*, México, Partido Nacional Revolucionario, Secretaría de Prensa y Propaganda, 1935, xvi-485 p.

⁶ Entre los primeros trabajos de Manuel Gamio figuran *Forjando patria (pro nacionalismo)*, México, Librería de Porrúa Hermanos, 1916, viii-323 p.; *Mexican immigrations. A study of human migration and adjustment*, Chicago, The University of Chicago Press, 1930; *Número, procedencia y distribución geográfica de los inmigrantes en los Estados Unidos*, México, Talleres Gráficos Diario Oficial, 1930, 20 p., ils.

⁷ Moisés González Navarro, *Raza y tierra: la guerra de castas y el henequén*, México, El Colegio de México, 1970, x-392 p.; *Población y sociedad en México, 1900-1970*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1974 (Serie Estudios, 42); *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1977, vi-510 p., ils.; *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1985, 494 p. (Fuentes).

El peso de largos años de búsqueda, comparación y análisis de la vasta producción intelectual de González Navarro se confirman en la lectura de las más de mil seiscientas cuartillas que conforman *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*. En múltiples pasajes del texto el lector se encuentra en terreno conocido, aunque acuciosamente enriquecido con datos frescos producto de diversas pesquisas personales o apoyados por la aportación de otros estudiosos sobre el tema. Pese a que sería improbable encontrar en una investigación de tan largo aliento —que pretende cubrir más de siglo y medio de historia mexicana— absoluta originalidad en sus fuentes primarias, sus disquisiciones sobre ciertos procesos históricos y aún su personal estilo narrativo, llama la atención el hecho de que el autor incorpore extractos completos de algunos de sus escritos pasados y reconozca cierta afición por “autopiratearse” (E), muestra tal vez de cierto halo de seguridad y satisfacción por su labor historiográfica, pero también es un reflejo de una mirada particular sobre la historia y el campo histórico que trasciende a través de sus escritos.⁸ Piratería o no, el texto en sí mismo muestra una enorme originalidad en el conjunto, tanto desde el punto de vista estructural como temático y cronológico, puesto que constituye la única labor historiográfica que analiza el proceso migratorio internacional que vivió México desde 1821 hasta 1970, bajo una doble perspectiva: la de aquellos individuos que emprendieron la aventura migratoria a México y la de aquellos que tomaron el camino del extranjero.⁹ Ello hace de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970* una obra trascendente y significativa en la historiografía mexicana del siglo XX y constituye una referencia obligada para cualquier estudioso de la historia social de México.

Si bien la obra no se circunscribe al estudio de un determinado grupo de extranjeros residente en México o algún tipo de mexicano vecindado en el extranjero distinguidos por su origen nacional, étnico, religioso, o

⁸ Véase, por ejemplo, en el capítulo “México país de inmigración”, del segundo volumen, p. 51-71, cuyos principales apartados constituyen una transcripción fiel de *El Porfiriato...*, o en algunos casos, el pasaje se reproduce textualmente con información nueva al inicio y al fin, como en el caso de “El lastre indígena”. También emplea otras obras, por ejemplo un extracto bastante amplio del inciso “Cónsules y contrabandistas en el Pacífico”, del capítulo “La aurora liberal y cosmopolita”, lo toma de *Anatomía del poder*, p. 78-85, 270-276. Caso similar se observa en el amplio capítulo “Recursos financieros y humanos”, p. 9-46, del tercer volumen en donde retoma con algunos cambios en el orden de los incisos e informaciones adicionales su capítulo “La inmigración extranjera” de *Población y...*, p. 5-56.

⁹ La producción historiográfica sobre los extranjeros en México generalmente se ha concentrado en estudios de caso, ya sea de un grupo extranjero, una región o un periodo particular. El estudio de los mexicanos en el extranjero ha privilegiado el fenómeno de los braceros en Estados Unidos, pero sus enfoques por lo general no atienden el proceso migratorio de origen extranjero. Sobre los primeros, véase Dolores Pla *et al.*, *Extranjeros en México, 1821-1990. Bibliografía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, 153 p. (Fuentes).

por su importancia regional —como podría ser el caso de los franceses en Veracruz, los mayas en Cuba o los judíos en la ciudad de México—, el texto ofrece una visión integral del proceso a largo plazo, en donde distingue tipologías, analiza similitudes y diferencias, y amplía su inventario de intereses a innumerables rastros históricos que dan cuenta de múltiples colectividades migratorias de origen nacional y extranjero como inmigrantes, emigrantes, repatriados, transmigrantes, turistas, viajeros, e incluso algunos diplomáticos, estudiantes, artistas y deportistas.

En palabras del propio autor, su escrito estudia aspectos tan significativos de la historia de México de los últimos dos siglos como “el colonialismo y el imperialismo, el nacionalismo y el cosmopolitismo, el racismo y el universalismo, y la xenofobia y la xenofilia, fenómenos muy a flor de piel en la mentalidad y en la sensibilidad de los mexicanos y de algunos extranjeros” (v. I, p. 11). Así el resultado, permitiéndome el paralelismo, logra dotar de vida, de matices, de tonalidades, de pruebas y respuestas a las áridas series estadísticas que dan cuenta —con mayor o menor certidumbre— del traslado de varios millares de individuos que traspasaron las fronteras territoriales de México por más de una centuria y media de historia nacional. Pero, como en toda obra de particular trascendencia historiográfica, como la que hoy nos ocupa, la mirada de la historia y del campo histórico impresa por el autor en el andamiaje explicativo de la narración merece un estudio más prolijo en algunos aspectos relevantes, como intentaremos dilucidar en este breve ensayo, porque, como bien afirma Álvaro Matute: “Los grandes libros de historia traen consigo una teoría de la historia implícita. No son resultado del empirismo puro o de la narración sin más”.¹⁰

La mirada del jurista

En 1942 Moisés González Navarro inicia sus estudios de Derecho en la Universidad de Guadalajara, mismos que concluye en 1949 en las aulas de la Universidad Nacional. En forma paralela cursa las asignaturas de una maestría en Ciencias Sociales en El Colegio de México (1943-1947). Su formación como jurista y sociólogo definirá en buena medida su interés por la historia social que más tarde se cimentaría con su participación en el Seminario de Historia Moderna de Daniel Cosío Villegas, después de una breve incursión en la abogacía como juez de primera instancia en

¹⁰ Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo, 1911-1935*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura Económica, 1999, 478 p. (Obras de Historia), p. 14.

Cocula y Sayula —localidades de su estado natal, Jalisco—. Su amplio bagaje de conocimientos sobre el marco jurídico de los procesos históricos le permite percibir y explicar con peculiar diligencia las transformaciones legislativas del Estado mexicano a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX en distintas materias; así en la obra el autor analiza los cambios y continuidades en las leyes, decretos y reglamentos, en materia de colonización, migración, poblamiento, naturalización, culto, salud, higiene, propiedad, ocupación, y algunos de carácter bilateral o multinacional como tratados internacionales y convenios de reciprocidad y colaboración.

Con especial cuidado analiza las políticas públicas de colonización y migración durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Detalla el contenido jurídico de cada reforma legislativa, analiza el ambiente social en que se expresaron, mostrando los debates y las polémicas de intelectuales, políticos, juristas, dirigentes sindicales y periodistas en cada momento particular. Rastrea sus materiales explorando distintas recopilaciones legislativas, como el *Código de Colonización* de Francisco de la Maza o la *Legislación mexicana* de Manuel Dublán y José María Lozano en sus distintas series, que también enriquece con pesquisas en el *Diario Oficial* y en los *Diarios de Debates de las Cámaras de Diputados y Senadores*, así como en legislaciones estatales.¹¹ Tal vez el erudito acopio y estudio de los materiales jurídicos empleados por González Navarro en el entramado del texto sea uno de sus aciertos más significativos y contundentes de esta obra en particular, pero también perfila un estilo historiográfico, en donde sobresale el binomio de jurista e historiador, mostrado por el autor desde tiempo atrás y que ha sido una veta particularmente explotada por distintos especialistas a través de los años.¹²

Más allá de la erudición a veces excesiva y la utilidad enciclopédica de la obra de González Navarro, detrás de su inclinación por esclarecer los marcos jurídicos pasados, se encuentra la concepción de justicia de un historiador de corte liberal.¹³ La historia que se entrecruza en los

¹¹ En los tres tomos de *Los extranjeros...*, el autor cita acuciosamente más de una veintena de recopilaciones legislativas, códigos y leyes de carácter federal o local. Confróntese la bibliografía de cada volumen y las referencias a pie de página.

¹² Vuelvo a recordar que alguna parte de los avances de este texto fueron publicados con anterioridad. No conozco trabajo que aborde aspectos legales de la inmigración extranjera en México, que no recurra a alguno de los trabajos de Moisés González Navarro.

¹³ He basado algunos elementos del análisis historiográfico que propone Hayden White en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p. (Obras de Historia) (primera edición en inglés 1973), quien define el estilo historiográfico de un autor con base en tres maneras particulares de explicar el pasado: la explicación por la argumentación formal, la explicación por la trama y la explicación por la implicación ideológica. De esta última distingue cuatro formas representativas: anarquista, radical, conservadora y liberal.

andamiajes de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero* es en buena medida la historia de la formación del Estado mexicano, que se inaugura en 1821 con la declaración de Independencia y continúa con diversas vicisitudes —signadas por distintos proyectos de nación, intervenciones extranjeras, guerras civiles, pugnas políticas, y crisis económicas recurrentes—, prácticamente por ciento setenta años. Si bien, el corte cronológico de la obra concluye en 1970, con la explosión demográfica, el aumento de la emigración, la llegada de los refugiados guatemaltecos, el paso de centroamericanos hacia Estados Unidos y la inmigración “golondrina” de técnicos japoneses (v. I, p. 10), el hilo narrativo de esta historia —la formación del Estado mexicano— continúa hasta la década de los años noventa del siglo XX, cuando el autor pone punto final al texto, enmarcado en la preocupación que le produce el Tratado de Libre Comercio con Norteamérica, como veremos más adelante.

Las nociones de Derecho y Estado en una relación estrecha e indisoluble se exteriorizan desde las primeras páginas del escrito.¹⁴ En el primer tomo, dedicado prácticamente al periodo formativo de la nación (1821-1867), el escenario introductorio se abre con un breve pasaje referente a las restricciones jurídicas que observaba la corona española en relación con la inmigración no hispana que llegaba a sus posesiones, apoyándose para tal fin en los *Apuntes para la historia del Derecho* de Toribio Esquivel Obregón (v. I, p. 16). De igual forma, como preludio a cada corte cronológico o momento coyuntural de cierta trascendencia para la conformación del Estado mexicano como la Independencia, la Restauración de la República o la Revolución de 1910, el derecho se muestra como elemento ordenador de los procesos sociales. En su análisis del periodo revolucionario, antes que abundar en los hechos de armas significativos o los efectos económicos del levantamiento, la explicación se centra en la oposición existente entre dos modelos estatales antagónicos y su expresión jurídica: el ideal porfirista que se inclinaba hacia la apertura a la inmigración y el capital extranjero, bajo el supuesto de la existencia de enormes y fácilmente aprovechables recursos naturales y una población “escasa en número y calidad”, y el prototipo revolucionario que enarbolaba un “acentuado carácter nacionalista” que mostraba una oposición, aún violenta, hacia los extranjeros, y enarbolaba una defensa del dere-

¹⁴ Véase Francisco Porrúa Pérez, *Teoría del Estado: teoría política*, 33a. ed., México, Porrúa, 2000, 531 p., p. 206 (primera edición 1954). En la obra también se observa cierta influencia de Hermann Heller, *Teoría del Estado*, 3a. ed., prólogo de Gerhart Niemeyer, trad. de Luis Tobio, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, 398 p. (Obras de Política y Derecho); primera edición en alemán 1934. “La teoría del Estado se propone investigar la específica realidad de la vida estatal. Aspira a comprender al Estado en su estructura y función actuales, su devenir histórico y las tendencias de su evolución”, p. 21.

cho primigenio de la población nacional sobre el usufructo de los recursos nacionales, cuyos ordenamientos legales se expresan respectivamente en la Constitución de 1857 y 1917, así como en las leyes, reglamentos y decretos derivados de los corpus jurídicos fundamentales (v. III, p. 9-17).

Elementos centrales de la teoría de Estado, como sociedad, territorio, orden jurídico, soberanía, bien público, instituciones, personalidad jurídica y moral del individuo,¹⁵ se transparentan en el discurso histórico del autor. La población a la que hace referencia, delineada bajo una concepción de Estado nacional moderno claramente se expresa por todos los individuos integrados y comprometidos con el territorio que los vio nacer. Así “los mexicanos” y “los extranjeros”, principales protagonistas de esta historia, se definen en la narración básicamente desde una óptica jurídica, y más aún casi bajo los lineamientos de la Ley de Extranjería y Naturalización aprobada en 1934.¹⁶ Los mexicanos, bajo tal marco jurídico, detentan su nacionalidad por la vía del nacimiento y por la vía de su ascendencia sanguínea (*ius soli* e *ius sanguinis*); es decir, el individuo nacido dentro de los límites geográficos de México y el hijo de mexicano nacido en territorio extranjero. Los extranjeros, por su parte, son definidos sólo por su nacimiento en el territorio de una nación extranjera. El arraigo al territorio de nacimiento se vislumbra como un valor trascendente en la ética jurídica del autor; así lo sugiere, cuando habla sobre algunas experiencias vitales que dirimirán su vocación historiográfica:

Tal vez [el interés por los extranjeros] se deba a que tuve ocasión de conocer a una familia de origen español. La mamá nació en Algeciras, esa bella ciudad que está al pie del Peñón de Gibraltar; el papá fue madrileño, lo mataron en la Guerra Civil, al empezar. Emigró la señora con sus dos hijos. El hijo mayor, como había nacido en Cuba, adoptó la nacionalidad cubana, y la hija menor, como había nacido en México años atrás, es mexicana. Entonces a mí me parecía muy interesante ver a una familia en que la mamá es española, el hijo mayor cubano y la hija menor mexicana. Porque algunos padres presionan a sus hijos para que adquieran la nacionalidad de sus ancestros, pero ese respeto que tuvo esta familia española por la nacionalidad cubana del hijo y por la nacionalidad mexicana de la hija es probablemente lo que me llevó al tema. (E)

¹⁵ Porrúa Pérez, *op. cit.*, p. 23-27.

¹⁶ La ley puede verse en Carlos Alberto Echánove Trujillo, *Manual del extranjero*, 10a. ed., México, Porrúa, 1970, 260 p. Es interesante el pasaje en donde González Navarro explica esta reforma: “De acuerdo con la idea de que México era un país de escasa población, en diciembre de 1933 se reformó la Constitución para fijar como base de la nacionalidad el *ius soli*, conservando, sin embargo, para los hijos de mexicanos nacidos en el extranjero el *ius sanguinis*. Andrés Molina Enríquez protestó, inútilmente, contra estas reformas, en nombre de varias agrupaciones, ya que la mayoría de la población no estaba conforme con que se otorgara la nacionalidad mexicana a los hijos de extranjeros nacidos en el país” (v. III, p. 41).

Aunque en las líneas introductorias el autor reconoce que la concepción jurídica de “extranjero” y “mexicano” no es del todo congruente, puesto que en la historia de México existieron extranjeros mexicanizados y mexicanos extranjeroizantes, cuando dice que “entre los mexicanos extranjeroizantes puede incluirse a Lorenzo de Zavala, José María Gutiérrez de Estrada, Lucas Alamán, Justo Sierra O’Reilly, Miguel Lerdo de Tejada, etcétera, y entre los extranjeros mexicanizados a Francisco Javier Mina, Juan Davis Bradburn, Vicente Filisola, el batallón de San Patricio, el padre Jarauta, etcétera” y cuyo “origen y grado de esa mexicanización y xenofilia son diferentes” (v. I, p. 9), en el texto predomina la imagen jurídica de extranjeros y mexicanos. Ello es reflejo tal vez de la formación inicial del autor, pero sobre todo de una postura de corte nacionalista frente al fenómeno en cuestión.

Si bien el punto de vista liberal de González Navarro se expresa veladamente a través de sus escritos —en un afán casi positivista— sus posiciones se muestran en la voz de sus testigos y en el orden en que aparecen en el escenario de la historia. Cuando expresa las acciones de algunos individuos “mexicanizados” o “extranjerizantes” se revela en cierta medida la posición ideológica del autor frente al proceso general. Los primeros, vistos con más benevolencia, son los extranjeros que buscaron su asimilación a la sociedad y a la cultura mexicanas, los que acataron las leyes vigentes, los que no discriminaban a otros, los que optaron por la naturalización mexicana, los que forman familias en el país, y en fin, los extranjeros que escogieron a México como su patria adoptiva. El grupo de los mexicanizados también puede incluir a algunos extranjeros que respetaron la soberanía nacional, como el caso del general Prim, o aquellos que lucharon junto con los mexicanos en contra de la opresión y la explotación, como el batallón de San Patricio o las milicias extranjeras que se involucraron en los ejércitos republicanos y revolucionarios. Pero, cuando se refiere a los mexicanos extranjeroizantes, en sus fuentes casi siempre aparecen calificativos negativos y un reproche velado por sus acciones, como en el caso de Lorenzo de Zavala, promotor de la independencia de Texas; los conservadores mexicanos del siglo XIX en sus intentos por imponer un monarca extranjero, o los positivistas porfirianos que promovían la colonización extranjera y “blanca” antes que la mexicana e “india”. También cuestiona a los mexicanos que se extranjeroizaron al recurrir a la protección diplomática de la nación de origen de sus ancestros y a los mexicanos que se veían más vinculados por lazos familiares, culturales o económicos a una nación ajena. Si bien hay un cierto velo de censura en la actitud de los extranjeros que violaron las leyes o afectaron la soberanía nacional, tiende a ser más condescendiente con las acciones de los mexicanos en el extranjero, en particular con la inmi-

gración ilegal a los Estados Unidos, aunque también muestra con cierta ironía la torpeza con que algunos mexicanos actuaban cuando viajaban al extranjero.

El concepto jurídico de territorio y poblamiento también enmarca el entramado explicativo de la obra. Amplios apartados hacen referencia a distintas controversias relacionadas con el territorio, desde aquellos que reúnen a diplomáticos y políticos por largos años en la definición de límites con Centroamérica y Norteamérica, o algunas más breves que corresponden a los derechos sobre los litorales, ya que, en palabras del propio autor, “la independencia exigió la definición de las fronteras y, consecuentemente, de las personas que vivían dentro de ellas” (v. I, p. 36). A lo largo de la narración aparecen problemas tales como la presencia de los guatemaltecos en el Soconusco, los mexicanos que quedaron dentro del territorio estadounidense después de la firma de los tratados de Guadalupe Hidalgo, las vicisitudes de los indios mayas vendidos a Cuba o los que tuvieron que emigrar a Belice, y la historia de las mexicanas que deambulaban por los mares expulsadas del país por haber contraído matrimonio con inmigrantes chinos, o los pescadores rusos de California. La necesidad de poblar el territorio del país, que el autor muestra como una obsesión de intelectuales y políticos mexicanos a todo lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, también se refleja en la ideología política del historiador que se inclina del lado de los mexicanos y que muestra una severa crítica a la escasa atención del Estado mexicano por la solución de las necesidades de la población indígena, el magro apoyo al campesinado, la dilapidación de los baldíos, el desinterés por la suerte de los emigrantes mexicanos en Estados Unidos, el poco tino de los acuerdos braceros y en general el estímulo a la colonización extranjera antes que a la colonización mexicana. Tras la obsesión entramada con cierta ironía de algunos grupos de elite por la inmigración extranjera, se encuentra un autor que cuestiona una idea de nación que siente equivocada, como se expresa en el siguiente párrafo:

Si para muchos sólo la inmigración extranjera podía remediar la falta de cantidad y de calidad de la población nativa, otros mostraron una cara diferente y opuesta a esa solución. Partían de la afirmación del valor de lo nacional, en particular de lo indígena, por ser éste el elemento básico de la población. Ésta no era tan escasa como algunos pensaban, sino que estaba mal distribuida en el territorio nacional, por lo tanto la solución era redistribuirla por medio de la autocolonización. Además, antes de rogarle a los extranjeros que vinieran a México convenía repatriar a los nacionales radicados en Estados Unidos y detener el creciente éxodo de braceros mexicanos en ese país, que revelaba la paradoja de la política colonizadora del Porfiriato [v. II, p. 343].

La historia de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero* es también una historia de la lucha de México y los mexicanos por mantener la soberanía nacional. Amplios apartados detallan con particular minucia los actos de conquista y expansión territorial de naciones extranjeras, como los ensayos de reconquista española, la rebelión de Barradas, la pérdida de Texas, los ataques filibusteros y las intervenciones militares de Francia y Estados Unidos. También se delata la pérdida de soberanía sobre los recursos naturales; destaca ampliamente el papel de los intereses extranjeros en la minería desde los albores de la Independencia, la paulatina apropiación de las haciendas y los baldíos durante el Porfiriato y después sobre los yacimientos petroleros. Es la historia de un conflicto constante e irresoluble, en el que no sólo participan naciones extranjeras, sino también los extranjeros y los mexicanos que residen de uno u otro lado de las fronteras.

Tras la narración, el autor se coloca del lado de la defensa del principio soberano de la nación mexicana; pero, por otra parte, también constituye uno de los motores de la escritura de esta historia. En el concepto de González Navarro “la función social de la historia responde a la justificación y a la esperanza de un régimen, de una clase, de un grupo y de un autor”.¹⁷ Pero esa función social, es, tomando las palabras de Alfonso García Ruiz, “la necesidad de reacuar la conciencia histórica mexicana”.¹⁸ González Navarro escribe su historia con el fin de recordar a los mexicanos de finales del siglo XX el triste y desigual trato que han recibido los mexicanos dentro y fuera del territorio nacional. Alerta sobre los peligros de enaltecer los valores extranjeros y pactar acuerdos desiguales con naciones poderosas,¹⁹ no es casual que esta historia se escriba en el marco de los convenios que derivarán en el Tratado de Libre Comercio con Norteamérica, que en buena medida muestran el triunfo de la

¹⁷ “Moisés González Navarro”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1996, 558 p., p. 383-386, p. 385.

¹⁸ Alfonso García Ruiz, “Entre la historia y la sociología: reflexiones en torno a la obra historiográfica de Moisés González Navarro”, en Shulamit Goldsmit y Guillermo Zermeño P. (coord. y comp.), *La responsabilidad del historiador. Homenaje a Moisés González Navarro*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1992, 292 p., ils., fotos (El Oficio de la Historia), p. 13-26, p. 14.

¹⁹ Según César Sepúlveda, “El concepto de soberanía en la teoría política del Estado significa, pues, omnipotencia. Pero esta noción sufre lógicamente cambios cuando una de esas entidades omnipotentes en lo interior entra en coexistencia con otras entidades semejantes, pues ninguna de ellas puede tener supremacía sobre las otras. Cada una, sin embargo, rehúsa naturalmente reconocer la autoridad superior de cualquier autoridad externa. Empero todas ellas están dispuestas a aceptar las pretensiones de otras entidades a una posición similar, sobre la base de una cierta reciprocidad”. *Derecho internacional público*, 2a. ed., México, Porrúa, 1964, XXI-405 p., p. 82.

“conquista pacífica” de los Estados Unidos sobre México. Así, cuando al autor se le interroga sobre su nacionalismo, dice:

Platicaba el jueves con una hermana de un maestro mío, un economista muy sobresaliente, y yo hablaba de que México enfrenta dos problemas —bueno entre otros, claro— la corrupción y el nacionalismo. Para ella, la corrupción no es el problema mayor sino la falta de nacionalismo, en la medida en que se está cumpliendo la profecía de la conquista pacífica.

Y bueno, tenemos que aceptar que esa conquista pacífica es muy real, cada vez somos más una colonia norteamericana. El idioma que hablamos está tremendamente viciado por el inglés. Y en ese sentido Guadalajara sí ha sufrido concretamente en cuanto al idioma, y no de hoy, durante muchísimos, pero muchísimos años. A los camiones de carga con la mayor tranquilidad les llamaban “trocas”, porque era la palabra con que regresaban los braceros a Jalisco. Tantas palabras de ese tipo que a mí me parecían perfectamente castizas y que jamás recapacité que no lo eran, ha sido mucho después que yo me di cuenta de que en Guadalajara, y en general en Jalisco, hemos recibido ese impacto tremendo de la conquista pacífica, la conquista cultural. En mucho vía los braceros y, claro, en mucho vía el cine y con más fuerza todavía en la televisión. La televisión nos avasalla. Creo que yo coincidiría con esta amiga mía con la que platicué el jueves en que, bueno, la corrupción es un problema muy grave. También lo es el nacionalismo que, en cierta forma, se deteriora, y eso sí tiene mucho que ver en nuestra relación con los extranjeros. (E)

En el pensamiento de González Navarro parecen reflejarse algunos elementos de la ideología de Lucas Alamán cuando afirmaba que “la patria es el derecho de respirar libremente en el suelo que nos vio nacer, el de defenderlo, no ya sólo contra los ataques directos, sino contra los encubiertos de la astucia, la codicia y la influencia extranjera”.²⁰ Así, el autor asume conscientemente una postura nacionalista frente a la historia de su país, que también ha sido considerada en el mismo sentido por otros autores, como Alfonso García Ruiz cuando decía que “González Navarro [es] el más universal, el más totalizador y, por tanto, el más impregnado de esencias mexicanas y valores mexicanos, el más mexicano en suma”.²¹ El autor, conocedor de su papel como historiador nacionalista, dice:

Creo que todavía me ubican por ese lado, y yo no rehuiría el calificativo, yo lo aceptaría con tal de que ojalá y no me demostraran que mi naciona-

²⁰ González Navarro, *Los extranjeros...*, v. I, p. 126, *apud* Lucas Alamán, *Observaciones sobre la cuestión suscitada con motivo de la autorización concedida por el general D. Mariano Arista para la introducción por el puerto de Matamoros de efectos prohibidos en la República Mexicana*, México, Imprenta de Mariano Cumplido, 1841, 20 p., p. 20.

²¹ Alfonso García Ruiz, *op. cit.*, p. 24.

lismo es xenofobia. Porque sobre un criterio nacionalista está un criterio humanista, un criterio que nos tiene que hacer pensar que en principio todos los hombres de cualquier raza, de cualquier país, somos iguales y eso no creo que sea xenofobia. El nacionalismo es una actitud —en mi caso, creo yo— defensiva; los nazis tuvieron un nacionalismo ofensivo que los llevó a aniquilar no sé cuantos millones de judíos, y que los llevó a despreciar a las razas inferiores y entre ellas a nosotros. Ese nacionalismo creo que no es el mío. Espero no equivocarme, pero yo creo tener un nacionalismo defensivo y de afirmación frente a quienes nos han visto como una raza inferior, pues no lo somos. Y que, por ejemplo, justamente estos braceros que se van y que triunfan allá en Estados Unidos nos demuestran que no son una raza inferior, son gente muchas veces de extraordinaria capacidad, de valentía, de sufrimiento. (E)

El discurso histórico que ofrece González Navarro en esta obra no vislumbra una idea de transformación radical del mundo, se coloca del lado de las reformas sociales paulatinas, emanada por el cambio y readecuación del estado de derecho, que finalmente se impone ante al caos de los acontecimientos, las intervenciones extranjeras, las violaciones a las leyes vigentes y la injusticia social. Con cierta inclinación por el marxismo se coloca del lado de los desprotegidos, de los pobres, de los explotados, de los discriminados, en donde pesa menos la nacionalidad o el origen territorial, en tanto que también muestra un cierto antiimperialismo, en especial frente a España, Estados Unidos y otras naciones que ejercieron su influencia en determinados momentos de la historia nacional.²² Lo mismo delata la explotación y la xenofobia hacia los inmigrantes chinos o los jornaleros guatemaltecos en México, que la que sufrieron los mayas en Cuba y los braceros mexicanos en Estados Unidos. Así, la mirada del jurista liberal, con una amplia conciencia social, trasciende en la estructura explicativa de la obra en la que también se entrecruza

La mirada del sociólogo

Durante los años en que Moisés González Navarro cursó sus estudios en ciencias sociales en El Colegio de México (1943-1946), mantuvo un fuerte contacto con algunos maestros del exilio español. En sus recuerdos señala: “Cuando fui estudiante en el Centro de Estudios Sociales, la mitad de mis maestros fueron españoles, la otra mitad fueron mexicanos”

²² La preocupación de González Navarro por la pobreza en México ya ha sido analizada por Guillermo Zermeño en “Pobreza y modernidad en México: la mirada de Moisés González Navarro” y Eugenia Meyer en “De temas y protagonistas. La pobreza y el hambre en la obra de Moisés González Navarro”, en Goldsmit y Zermeño P. (coord. y comp.), *op. cit.*

(E). Entre los primeros, tuvo particular trascendencia la figura de José Medina Echavarría, traductor de varias obras de Weber como *Economía y sociedad*, que le impartió “un extraordinario seminario sobre la sociología de Max Weber, a quien él conocía mejor que nadie en lengua española”.²³ Junto con él, también figuró Arturo Arnáiz y Freg que estuvo a cargo de la dirección de su tesis de maestría presentada en 1948: *El pensamiento político de Lucas Alamán*,²⁴ en donde perfiló sus primeros intereses por vincular el análisis sociológico y los aspectos históricos. En esos años otros destacados sociólogos, politólogos, economistas, demógrafos, filósofos e historiadores le ofrecieron distintas enseñanzas en cursos curriculares y seminarios especiales.²⁵ El clima intelectual y cosmopolita que vivió el autor en el Centro de Estudios Sociales durante sus años formativos, al que también contribuyeron compañeros de aula de distintas nacionalidades, definió algunos de sus intereses primigenios por conocer el papel que habían desempeñado los extranjeros en la historia de México; así recuerda que, en aquellos años, “el sólo hecho de tener la posibilidad de comparar la formación de unos y otros, aumentaba mi interés por saber más sobre los extranjeros” (E).

No obstante la formación interdisciplinaria de Moisés González Navarro, con cierta ascendencia de la sociología weberiana transmitida a través de Medina Echevarría,²⁶ así como un interés especial por la filosofía de Zea y la demografía de Loyo, se mantendrán presentes en su mirada sobre el campo histórico a lo largo de los años. Su inclinación por la historia social se definió durante la década de los años cincuenta gracias a su incorporación, ya en la vida profesional, al Seminario de Historia Moderna. Durante esos años de intensa búsqueda, recopilación, sistematización, escritura y debate constante con Cosío Villegas y sus colegas de seminario, entre los que destacaban Luis González, Luis Nicolau d’Olwer, Fernando Rosenzweig y Francisco Calderón, se perfiló un historiador con

²³ “Recuerdo personal de Moisés González Navarro”, en Clara E. Lida y José Antonio Matanzas, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro, México, El Colegio de México, 1990, 395 p. (Jornadas, 117), p. 207-217, p. 208.

²⁴ La tesis se publicó en 1952 con el mismo título.

²⁵ Entre ellos figuraban conocidos intelectuales como Vicente Herrero, Víctor L. Urquidi, Josué Sáenz, Javier Márquez, Manuel Pedroso, Mario de la Cueva, Antonio Martínez Báez, Alfred Métraux, Leopoldo Zea, José Gaos, José Miranda, Gustavo Polit, Miguel Gleason, Manuel Bravo, Antonio Portuondo, Agustín Yáñez, Gilberto Loyo y Daniel Cosío Villegas. “Recuerdo personal...”, *op. cit.*, p. 208-210.

²⁶ Según cuenta González Navarro, el Centro de Estudios Sociales “tenía una orientación weberiana en sociología y keynesiana en economía. En parte se inspiraba en Harold Laski en ciencia política y en Herman Heller en teoría del Estado. Carlos Marx acaso fue el gran ausente en este currículum, salvo algunas referencias marginales de Mario de la Cueva, y más abiertas de Portuondo”. *Ibid.*, p. 210.

una mirada particular sobre el Porfiriato y sus abrevaderos documentales. El amplio conocimiento de archivos, bibliotecas, hemerotecas y autores fue definiendo una imagen del “campo social” y “los sujetos sociales” que caracterizará una personalidad historiográfica que trasciende a través de sus obras. Así lo cuenta él mismo cuando recuerda su estancia en el seminario de Cosío:

[Don Daniel] nos concedió a las personas a quienes nos invitó una enorme libertad para que organizáramos la investigación que íbamos a emprender [...] nos dio libertad para que planteáramos en las discusiones del seminario qué íbamos a entender por vida social. Yo me puse a trabajar en lecturas de carácter general para tratar de saber ¿qué era eso de vida social? y vi que uno de los temas fundamentales era justamente el de la población y, dentro de la población, la importancia que en ese periodo se le dio a los extranjeros en México; es así como nació este libro. Se discutió en el seminario; teníamos discusiones muy apasionadas pero muy respetuosas; fuimos excelentes compañeros los que nos reunimos en esa ocasión, y yo fui organizando ya más específicamente qué iba a buscar en el tema de los extranjeros y en el tema de los braceros, que es la segunda parte del libro de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*. (E)

Si bien con la publicación de *El Porfiriato. La vida social* se cimienta la vocación del autor por la historia social y el papel que le asigna a ciertos grupos sociales significativos en la historia de México, como los extranjeros, los indígenas, los campesinos, los obreros, los maestros y aún las sociedades religiosas —asunto particularmente polémico en su momento, puesto que le acarreó alguna que otra crítica, incluso del propio Cosío—,²⁷ su concepción de la “vida social” seguirá vigente en su producción ulterior referente a otros periodos y aspectos de la historia de México. Así llama la atención que, en *Los extranjeros en México y los mexicanos en el*

²⁷ Sobre la polémica en torno a la importancia que le dio González Navarro al papel de los católicos y el catolicismo social durante el Porfiriato, véase Daniel Cosío Villegas, “Cuarta llamada particular”, en *El Porfiriato...*, op. cit., p. XV-XXXIV, las reseñas que aparecieron en *Historia Mexicana* y en James Wilkie y Edna Monzón, entrevista con Daniel Cosío Villegas, 8 de abril de 1964. Más recientemente Manuel Ceballos y Alejandro Garza también da cuenta de esta polémica en la introducción del libro *El catolicismo social en México. Teoría y fuentes e historiografía*, México, Academia de Investigación Humanística, 2000, 312 p., p. 9-17. En esta última obra aparece un ensayo de Álvaro Matute, “Historiografía del catolicismo social”, quien al analizar el valor historiográfico de *El Porfiriato. La vida social* dice: “la de González Navarro es la primera visión ofrecida por un laico académico que no participaba de la militancia de los otros historiadores anteriores y aun posteriores a él. Asimismo, es el primero de los historiadores abordados que utiliza el concepto de catolicismo social. Eso es muy significativo. No exagero si señalo que con él se establece un hito historiográfico que rendirá frutos posteriores en las obras de los historiadores académicos de generaciones posteriores”, p. 49.

extranjero, González Navarro presente a sus principales protagonistas —los extranjeros y los mexicanos— en relación constante con distintos aspectos de la “vida social” como la higiene, la salud, la educación, la propiedad, el trabajo, la moral, la ideología, la religión, el deporte e incluso las diversiones públicas. Sobre estas últimas en el caso de los extranjeros refiere:

En fin, después de tanto trabajar, extranjeros y mexicanos merecen un descanso. Repasemos cómo se divertían los primeros en México y cómo se divertían los mexicanos. Algunos extranjeros contaban con sus clubes particulares, sobre todo en la capital; el Casino Español se fundó en 1863, primero se organizó como un club social, después enseñó Lengua, Aritmética, Contabilidad, Historia de México (a cargo de Anselmo de la Portilla), Literatura (a cargo de Llanos de Alcaraz), Fencing, Box y Gimnasia; el Orfeo Catalán fue establecido en 1905 y el Centro Vasco, cuatro años después.

Los franceses eran alegres, se divertían en quintas de recreo, en los boliches, en su elegante casino y los más serios en gabinetes de lectura. La capital disponía de acreditados cafés italianos y franceses. Algunos de los más celebrados bailes los organizaban extranjeros, por ejemplo en el Casino Español en 1877 hubo uno en honor a Esmeralda Cervantes al que asistió el presidente en compañía de varios de sus ministros y en el que se brindó por México y por España; uno en la legación inglesa en ocasión del natalicio de la reina Victoria; otro en 1904 en la casa del ministro español en México en honor del presidente, además de que la colonia angloamericana acreditó sus *garden concerts* en Coyoacán [v. II, p. 336].

A pesar de que en la obra no se observa una jerarquía particular o un equilibrio entre los distintos aspectos de la vida social de nacionales y extranjeros, sí existe una referencia constante a los procesos sociales en la historia. Así por ejemplo, cuando habla de los extranjeros, generalmente hace alusión a la salud y la higiene; desde aquellos pasajes que se ocupan del contagio de enfermedades infecciosas de algunos inmigrantes al llegar al país, en particular en los puertos, pasando por las impresiones sobre la insalubridad y la falta de higiene expresadas por viajeros y diplomáticos durante su estancia en México, hasta aquellos argumentos de carácter sanitario que sirvieron como pretexto para limitar el acceso de algunos “indeseables”, como los chinos, como se describe ampliamente en su análisis de la Ley de Inmigración de 1908. El trabajo es otro elemento profusamente analizado en el texto. Como muestra, al referirse a los norteamericanos, de igual forma detalla la actividad agrícola o ganadera de los colonos mormones en el noroeste de Chihuahua, que la de los buscadores de oro en California, los obreros y técnicos que participaron en la construcción de líneas férreas en el país, los empresarios e

inversionistas que incursionaron en la extracción minera o las industrias o los esclavos libertos que llegaron de Texas a trabajar en el campo. En contraparte, también se refiere al caso de los mexicanos que laboraban en Cuba como jornaleros en las plantaciones azucareras o los agricultores mexicanos que emigraban temporalmente a distintos campos de cultivo en Estados Unidos. En ocasiones relaciona distintos aspectos, como el trabajo y la vida cotidiana, haciendo comparaciones, así, cuando analiza a los mexicanos residentes en California al finalizar el siglo XIX dice:

La mano de obra mexicana contribuyó a la construcción del Sur-Pacífico en particular en las regiones desérticas. Numerosas colonias se establecieron en las vías del oeste, en lugares donde sus cortos salarios les permitían construir modestas habitaciones o bien en los furgones desviados de los ramales. Aunque sus salarios eran reducidos porque desempeñaban un trabajo semicalificado en la minería, de cualquier modo, algunos patrones los consideraron más esforzados que los cornishmen, generalmente reputados los mejores del mundo. [...] Se recuperaban de la dureza de este trabajo en las cantinas, en los juegos de azar y en los prostíbulos, con el resultado de que el día de pago menudeaban los alborotos, situación que una dama justificó porque New Almaden no tenía ni iglesia ni escuela [v. II, p. 373].

Pero volviendo a su interés por lo social, cabe detenerse un momento en su estancia en Francia entre el otoño de 1957 y la primavera de 1959, que en palabras del mismo autor fortalecieron su formación académica y en cierta medida “lo afrancesaron” (E). Es de señalar que, el contacto con algunos estudiosos franceses había iniciado en México desde la primera mitad de la década de los cincuenta, cuando González Navarro asistió a un seminario en el Instituto Francés de América Latina, en donde tuvo la oportunidad de intercambiar puntos de vista con François Chevalier y Jean-Pierre Berthe. Pero, más tarde, cuando concluye su obra *El Porfiriato. La vida social*, en 1957 —con apoyo de la fundación Ford— inicia una estancia de investigación en París en donde perfecciona sus conocimientos sobre la lengua francesa, aprovecha la riqueza de sus colecciones bibliográficas y asiste cotidianamente al seminario de demografía de Alfred Souvi y al del conocido historiador Fernand Braudel (E), quien solía ser muy selectivo con sus alumnos y sólo recibió a González Navarro por la recomendación de Chevalier. En ese bienio, el contacto con distintos extranjeros, su estadía como estudiante en la Casa de México en Francia y sus recorridos turísticos también apuntalan su interés por los temas migratorios:

Me acuerdo que, cuando comentaba yo este tema, algunos colegas, tanto en París como en Londres como en Madrid, me hacían esta pregunta muy significativa, “¿en particular, cuál es el grupo de extranjeros que usted va a trabajar?” Ellos no imaginaban que yo no tenía un interés específico en un grupo de extranjeros, sino que mi interés era general. Porque generalmente, como sabemos, los hijos de españoles se ocupan de los españoles; los hijos de los franceses, de los franceses, y los hijos de los norteamericanos, de los norteamericanos; pero yo lo que quería era un “enfoque nacional del asunto”. Éste es el origen de este libro. (E)

Pero el “enfoque nacional del asunto” tardó aún muchos años en consolidarse. Cabe resaltar que, en el bienio en que González Navarro asistió a distintos seminarios en Francia, los temas y problemas historiográficos más socorridos solían ser los demográficos. Por el impulso de las investigaciones dedicadas a la historia de los precios, hacia 1950 las principales tendencias historiográficas francesas se enfocaron hacia la historia social, en particular al estudio de la población. Apenas en 1956 se había dado a conocer el singular método de “reconstrucción de familias” de Fleury y Henry, que convirtió a los archivos parroquiales en una fuente de la que se esperaban desprender innumerables saberes sobre la estructura demográfica de las sociedades pasadas, los sistemas de parentesco y sus relaciones sociales y aún mentales; en tanto que otros conocidos historiadores como Chaunu, Le Roy Ladurie, Fouret y Burguière se empeñaban en construir interminables series de datos sobre distintos aspectos económicos, demográficos, y geográficos del pasado mundial. De tal forma que la asistencia de González Navarro al seminario de Souvi, en plena “revolución cuantitativa”,²⁸ en cierta medida enriqueció su concepción sobre la historia social y su particular propensión por las fuentes y los métodos demográficos.

Pero quizá su formación inicial y su simpatía por algunos aspectos del pensamiento de Weber y Marx menguaron el “afrancesamiento” de González Navarro, quien difícilmente podría considerarse un seguidor fiel del grupo de los *Annales*. A diferencia de Braudel y algunos autores de la llamada segunda generación, que privilegiaban el análisis de las estructuras y los procesos históricos de larga duración basados en el acopio de grandes series de datos y tendían a transformar los hechos humanos en números aislando al individuo y a la política de la historia, en González Navarro la percepción de la historia social no se desprende de la historia política ni de la acción individual ni del deseo humano.

²⁸ Sobre este periodo en la historiografía francesa, véase Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales: 1929-1984*, Barcelona, Gedisa, 1999, 142 p. (Historia). Primera edición en inglés 1990.

Por ello, tal vez se podría decir que en la obra de autor se transparenta una mirada de la historia en general y de la historia social en particular que bien podría caracterizarse como ecléctica.²⁹ Puesto que, si bien echa mano de algunas técnicas y aportaciones teóricas derivadas de su conocimiento de distintas disciplinas sociales y corrientes historiográficas —en ocasiones encontradas—, no muestra un compromiso explícito con alguna de ellas, sino que las adecua al discurso histórico que va configurando, con mayor apego a sus fuentes primarias y a su interés personal por la historia.

De tal forma, en una siguiente entrega dedicada a la historia contemporánea de México, publicada en 1974 bajo el título *Población y sociedad en México (1910-1970)*, el autor abunda en distintos aspectos de la historia de la población mexicana, como la estructura demográfica, la vivienda, la etiología, la salud, el trabajo, la inmigración y la emigración, empleando enormes corpus estadísticos, pero manteniendo una inclinación por la acción individual, en especial por la acción política. En ella la influencia cuantificadora de la escuela francesa se confirma en el uso constante de innumerables estimaciones numéricas, censos, anuarios y demás materiales cuantitativos, algunos de los cuales ya había empleado con anterioridad en sus estudios sobre el Porfiriato y que también se dieron a conocer en las *Estadísticas sociales del Porfiriato*.³⁰ Pero la preocupación cuantificadora de los procesos sociales y las herramientas metodológicas aportadas por la demografía vuelven a aparecer en *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, aunque disminuidas por el ímpetu que el autor le confiere en esta ocasión a los aspectos políticos e ideológicos de la historia.³¹ Por ello la estructura cronológica de la obra se basa en una periodización de corte político, en donde, si bien confluyen algunos aspectos de lo social (E), una lectura de conjunto da cuenta de la larga duración de ciertos procesos que atañen a la mentalidad y la costumbre. El lector que se acerque a la obra prácticamente podría examinar cada volumen o capítulo por separado, sin requerir de la lectura de la obra completa, ya que el autor emplea en este sentido una estrategia explicativa

²⁹ Sobre las distintas maneras de entender la historia social, véase Eric Hobsbawn, "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Sobre la historia*, trad. de Jordi Beltrán y Josefina Ruiz, Barcelona, Crítica, 1998, 298 p. (Libros de Historia), p. 84-104. Primera edición en inglés 1997.

³⁰ Moisés González Navarro (editor), *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956, 249 p.

³¹ Cabe señalar que en *Los extranjeros...* el autor casi no se refiere a la metodología estadística empleada en la explotación de censos, anuarios y demás fuentes cuantitativas. Si bien alerta sobre algunas de sus limitaciones da por sentadas algunas precisiones técnicas de las que había abundado en otras obras como *El Porfiriato...*, *Población...*, y *Estadísticas...*

que bien podría considerarse como contextualista.³² A pesar de ello, la obra maneja un importante corpus estadístico en donde también incluye algunos cuadros, como los que dan cuenta sobre el número de colonos extranjeros o el de emigrantes mexicanos en los Estados Unidos (v. II y III).

La tendencia a tipificar los comportamientos sociales, principio elemental de las teorías sociológicas en las que se formó González Navarro, en particular por la influencia de Weber,³³ se observa en cierta medida en su análisis sobre los extranjeros y los mexicanos. La obra, más allá de su estructura cronológica general, se subdivide en pequeños incisos que dan cuenta de distintos “tipos” de extranjeros y mexicanos en la historia de los últimos dos siglos. En el caso de los extranjeros, el autor distingue ciertas tipologías derivadas de la actividad económica preponderante de cada grupo, como los franceses y españoles en el comercio, los ingleses y alemanes en la minería, los guatemaltecos y canarios en las plantaciones, en tanto que en otros casos los distingue, por sus características étnicas y religiosas, como los negros, los mormones, los judíos y los menonitas. En reiteradas ocasiones la tipología también se establece por algunos elementos estereotípicos que señala con cierta ironía, incluso en los subtítulos: “Aseados y bellos”, al ocuparse de los japoneses o “Mestización suicida y abominable”, en relación con la inmigración china. Estas clasificaciones también muestran algunas características mayores dependiendo de su origen nacional de los grupos y por divisiones menores; así, menciona:

Entre los “motores de sangre”, o trabajadores no calificados predominaron los negros caribeños y los asiáticos, con la importante excepción de los canarios y la insignificante de los portorriqueños, y un fallido ensayo con italianos; entre los capitalistas predominan los latinos (españoles y franceses que en buena medida hicieron su capital en México mismo, trabajando inicialmente como modestos comerciantes), ingleses, alemanes y norteamericanos; en este subgrupo también había administradores y trabajadores calificados. Los españoles eran los más numerosos y afines a México y, paradójicamente, junto con los chinos y los norteamericanos, los más hostilizados [v. II, p. 288].

Pese a que buena parte de la tipología propuesta por el autor en *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero* se basa en indagaciones propias y en las que otros autores abrevan en distintas obras

³² Hayden White, *op. cit.*, p. 28-29.

³³ “Los tipos recurrentes observables en la interdependencia humana son el asunto de las ciencias sociales a las que pertenece la sociología”. Nicholas S. Timasheff, *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 400 p. (Sección de Obras de Sociología), p. 19.

monográficas,³⁴ en donde señala aspectos destacados de la vida laboral, la educación y las costumbres de los grupos sociales, el autor destaca la mirada particular acuñada por distintos testigos de cada época sobre aquellos individuos a los que sienten ajenos.³⁵ En la obra, el autor insiste en un afán casi impresionista en destacar los comportamientos sociales de nacionales y extranjeros desde las formas en que unos y otros se pensaban a sí mismos y en lo que pensaban del otro, mostrando toda la carga de prejuicios con la que los individuos se expresaban sobre otros, sobre los extranjeros, sobre los que eran distintos a sí mismos. Por ello, en el entramado explicativo de la obra de González Navarro, en un nivel más profundo, develado detrás de un arsenal de datos recogidos con especial rigor, aparece la mirada del historiador y la del otro, si bien en un primer nivel refleja una mirada del pasado como jurista y como sociólogo.

La mirada del historiador y la mirada del otro

En el epílogo de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, González Navarro señala que su “libro no debió escribirse porque según algunos los extranjeros escriben mejor que los mexicanos la historia de México” (v. III, p. 459), en tanto que después afirma: “la nacionalidad sólo es una de las variables que explican actitudes y criterios para escribir la historia, tanto o más importantes son la clase social, idioma, edad, escolaridad, ‘raza’, religión, temperamento, veracidad, laboriosidad, etcétera, todos los factores culturales y sociales que conforman una persona humana” (v. III, p. 459). Muy probablemente, de la misma manera en que el autor considera el conjunto de criterios que deben normar las formas de escribir un texto de historia, también se refleja una mirada sobre el campo histórico que ambiciona descubrir en el pasado: “todos los factores culturales y sociales” que conformaron a los sujetos sociales.

Si bien el reto de escribir una historia que tome en consideración todos los aspectos culturales y sociales de varios miles de extranjeros y otros tantos mexicanos, en un periodo tan largo de la historia nacional,

³⁴ La aparición de distintas monografías sobre varios grupos extranjeros en México, publicadas a partir de 1970, en palabras del propio autor le permiten esbozar una tipología de los extranjeros en México (v. I, p. 10).

³⁵ En este aspecto se distinguen algunos elementos de Max Weber. Según Bendix, en el pensamiento de Max Weber, con influencia de Hegel: “El objetivo propio del análisis no es lo que la gente hace, sino lo que piensa acerca de lo que hace. Todo hombre es racional y apasionado a la vez, nunca lo uno o lo otro solamente. Hay que buscar las pasiones de un hombre detrás de su razonamiento y el razonamiento de un hombre detrás de sus pasiones”. Reinhard Bendix, *Max Weber*, 2a. ed., Buenos Aires, Amorrortu, 2000, 462 p., p. 365.

resultaría una empresa por demás improbable para más de un historiador en la actualidad, en el género historiográfico de González Navarro, expuesto a través de más de mil seiscientas páginas de un texto impreso con un formato tipográfico pequeño y acompañado de un aparato crítico por demás exhaustivo, sí parece mostrarse la meta anhelada de un historiador empeñado en escribir una “historia total”. Estilo personal de investigar y narrar, en ocasiones de difícil lectura y comprensión por el enorme arsenal de datos expuestos,³⁶ que en cierta medida caracterizan no sólo a *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, sino a otras tantas obras académicas de la vasta creación del autor, y que desdibuja un desafío historiográfico mucho más ambicioso: la meta de escribir personalmente una rigurosa historia de México como nación independiente, cuyo capítulo último aún no ha llegado a su punto final.³⁷

En este sentido llama la atención que, revisando con cierto detenimiento algunas de las obras de González Navarro, se observen pocos cambios en sus planteamientos teóricos, o mejor dicho, en su idea de la historia en un sentido más amplio y, por otro lado, sí se muestre un sustancial avance en el campo de la investigación documental. Así, se perfila un autor que no parece regirse por modas y problemas historiográficos coyunturales, sino que desde el inicio de su vida profesional supo configurar un estilo particular de analizar el pasado, cuyas bases sólidas al parecer se edificaron durante la década de los años cincuenta y de las que aún no se ha separado. Ello no implica que el autor hubiese estado ajeno a los aportes de nuevas corrientes historiográficas o que hubiera permanecido aislado de las problemáticas nacionales o mundiales, sino que tal vez su matriz inicial, su aportación pionera, en buena medida signada por la aparición de *El Porfiriato. La vida social*, le abrió tal espectro de problemas y asuntos por investigar que le han ofrecido un interminable campo de estudio sobre múltiples aspectos de la historia.

De tal forma que, el análisis de uno de sus textos, como el caso del que hoy nos ocupa, no podría verse como una obra aislada, sino vinculada a un proyecto historiográfico de mayor envergadura en el que necesaria-

³⁶ Según reconoce el autor: “Yo quisiera que cada afirmación estuviera bien documentada. Ésa es la razón por la cual yo a veces abrumo con mis fuentes, pero al mismo tiempo quisiera lo imposible: escribir con mucha mayor soltura y con mucha mayor flexibilidad, y bueno lo imposible, escribir con una brillantez que no tengo. Tengo que escoger entre dos valores, soy un poco, quizá por eso que estamos platicando, reacio al ensayo” (E).

³⁷ Aunque en el autor afirma que su interés por las historias generales se muestra en forma más evidente en *La pobreza...*, *Población y...* y *Los extranjeros...*, en la actualidad se encuentra más interesado por la historia regional, como el caso de *Cristeros...*, pero aún se plantea como un nuevo proyecto la posibilidad de escribir una nueva versión corregida y aumentada de *El Porfiriato...* (E).

mente se distingue un autor que revela no sólo una manera particular de analizar al pasado, sino también refleja distintos elementos autobiográficos (E). En su obra se encuentra la mirada de un historiador que narra los sucesos de su propia vida,³⁸ desde aquellos recuerdos de la ciudad de Guadalajara cuando acompañaba a su madre de compras a los almacenes barcelonetas, durante su infancia; pasando por sus impresiones sobre algunos sectores de la sociedad jalisciense proclives a las naciones del Eje, durante su juventud como conscripto, o sus impresiones sobre la emigración de sus paisanos a los Estados Unidos en su etapa madura y sus observaciones sobre la influencia de las iglesias protestantes en su estado natal, durante su madurez (E). En el mismo sentido, las vivencias personales de González Navarro como estudiante mexicano en Francia, sus visitas periódicas como investigador o turista a distintas naciones extranjeras, e incluso sus polémicas con académicos extranjeros, explican su interés por analizar con detenimiento una faceta poco estudiada del movimiento migratorio internacional: el trasvase de población vinculado al turismo y a las estancias de estudio o trabajo temporal en el extranjero. En su obra, lo mismo hace referencia a la llegada de viajeros, científicos, diplomáticos y turistas extranjeros a México y su particular imagen sobre México y los mexicanos que a las visitas temporales de mexicanos al exterior. Pese a que muchos de estos viajeros no se convirtieron en inmigrantes definitivos en los lugares en donde residieron, sí ocupan un lugar significativo en la obra como testigos presenciales de la historia. Claro está, como historiador formado en una tradición heurística y hermenéutica, no deja de considerar ciertos límites sobre las memorias de viajeros. Resume tal punto de vista:

Bueno, son muy variables en cuanto a la profundidad de sus juicios. Un país como México, que tuvo el privilegio de que una gente de la talla de Humboldt lo visitara. Bueno, en la medida en que la Nueva España y México sean casi lo mismo, pues los viajeros posteriores tienen que quedar necesariamente en una posición inferior en cuanto a la profundidad de sus observaciones, pero aún en los prejuicios que puedan haber

³⁸ En este aspecto llama la atención la reflexión de Eric Hobsbawm sobre el sentido de escribir una historia sobre su "propia vida": "Como todo, la misma expresión 'la propia vida' resulta hacer una petición de principio. Da por sentado que la experiencia vital de un individuo es también una experiencia colectiva. En cierto sentido resulta obvio que esto es cierto, aunque paradójico. Si la mayoría de nosotros reconoce los principales hitos de la historia mundial y nacional en su vida, no se debe a que todos la hayamos experimentado, aunque es posible que así haya ocurrido en el caso de algunos o incluso que en el momento de producirse reconociéramos que se trata de un hito", en Eric Hobsbawm, "El presente como historia", en *Sobre la historia, op. cit.*, p. 231.

oscurecido alguno de los juicios, esos prejuicios, si uno los detecta en sí, puede usarlos. (E)

Sin duda este trabajo constante con memorias de viajeros de distintas nacionalidades explique la inclusión de largos pasajes que narran la fisonomía y las costumbres de México y los mexicanos desde finales del siglo XVIII y con particular ímpetu durante el siglo XIX a través de la mirada extranjera. Pero, en contraste otra fuente igualmente socorrida en su análisis del siglo XX la constituyan las memorias de mexicanos que visitaron el extranjero.³⁹ Entre los diplomáticos, artistas, intelectuales y científicos mexicanos destacan: Federico Gamboa, Luis Lara y Pardo, Alberto J. Pani, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Víctor Manuel Villaseñor, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Manuel Gómez Morín, Miguel Palacios Macedo, Ignacio Chávez, Nemesio García Naranjo, Carlos Pellicer y Miguel Covarrubias. Es precisamente en la mirada de estos mexicanos sobre el extranjero donde el autor analiza el cosmopolitismo que mostraban las elites culturales y científicas del país, aunque también evidencia su escasa posibilidad de incorporación y reconocimiento en los círculos internacionales, siendo que por el contrario algunos mexicanos sólo salían al extranjero para comportarse como simples turistas: así, por ejemplo, en el apartado “Charros y frijoles con chile en París” González Navarro refiere:

La fama de Villa, “Pancho Vilà” para los franceses, permitió a los mexicanos hacer grandes conquistas femeninas; Siqueiros y Alfonso Castro Valle en un elegante bar parisino conocieron a dos aristócratas (madre e hija), ricas y bellas; las asombraron cuando pusieron cerillos a las bebidas (“jaiboles a la mexicana”) y supusieron que era una muestra de su extraordinaria fogosidad amorosa. En tan grata compañía fueron a un cabaret donde Castro Valle protestó escandalosamente contra un espectáculo de travestistas (que ya conocían); Siqueiros lo disculpó en voz alta diciendo que en México no había invertidos, lo cual causó tal conmoción que un parroquiano pagó la cuenta de los mexicanos [v. III, p. 397-398].

Pero si bien en el texto destaca la imagen del extranjero y de los extranjeros que narraron algunos personajes mexicanos de renombre en el ámbito de la intelectualidad, el arte y la ciencia mexicanos —materia de múltiples trabajos recientes de la llamada “historia cultural”—, no deja

³⁹ Si bien el tratamiento de los viajeros y turistas mexicanos se evidencia con mayor peso en el volumen tres, en donde les dedica dos capítulos, intitulados “El mundo es ancho y ajeno” I y II, ya desde el segundo volumen empieza a rescatar sus vivencias. Véase “México descubre al mundo”, en González Navarro (v. II, p. 412-433 y v. III, p. 333-458).

de incluir extractos sobre la experiencia de otros tantos mexicanos que emprendieron la carrera migratoria en el anonimato. Así describe, basándose en fuentes secundarias y en una amplia búsqueda de materiales hemerográficos, con particular detalle la suerte y los estereotipos de los emigrantes en los Estados Unidos,⁴⁰ como el siguiente extracto:

Los jacales de los mexicanos de allá eran muy semejantes a los de acá, pisos sucios y sólo una o dos ventanas; asimismo sus habitantes eran en extremo hospitalarios y el más pobre entraba en una tienda a comprar con aires de gran señor. Aunque en general respetaban la ley, un estereotipo anglo prevenía de no tenerlos como enemigos porque en la oscuridad de la noche, sonrientes, clavaban un puñal en la espalda [v. II, p. 375].

Empero, como hemos mencionado, en la narrativa el autor se detiene en largas descripciones que reflejan la mirada de los extranjeros sobre los mexicanos y viceversa, en donde abundan imágenes estereotípicas y discriminatorias, referentes al color de la piel, la extrañeza de las costumbres, la competencia laboral, el resentimiento y en general múltiples manifestaciones del miedo al otro, al extraño, al desconocido. Así, por ejemplo, al referirse a la animadversión que sufrió un viajero anglosajón durante las primeras décadas del siglo XIX en México señala que “En Puebla, Pemmy tuvo que escapar al paso de una procesión (acompañado de toda clase de bufonerías) entre gritos de ‘judío hereje’, palabras precursoras del ‘martirio por lapidación’. Lo anterior da una idea de la importancia que tenían los ingleses, ya que todos los extranjeros recibían este nombre, que, por otra parte, tenía la contrapartida de que todos eran considerados herejes” (v. I, p. 53), o la imagen de un francés de apellido Luneau cuando resumía la xenofobia del puerto de Veracruz: “[los mexicanos] odian a los españoles, detestan a los norteamericanos y tampoco quieren a los ingleses” (v. I, p. 68). Aunque el autor también se interesa por mostrar la otra cara de estos discursos, al incluir imágenes que muestran la simpatía hacia los extranjeros: “Según un viajero alemán los extranjeros protestantes contribuían en colectas de la propia Iglesia católica; esta caridad les era muy agradecida, y, de este modo, en el país teóricamente más intolerante de la Tierra dominaba prácticamente la tolerancia” (v. I, p. 66). O los que aspiraban a ser identificados como extranjeros:

⁴⁰ Llama la atención el hecho de que, en la obra *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, el autor recurra a diversos textos referentes a los mexicanos en el extranjero, elaborados por especialistas extranjeros, en tanto que emplea muy pocos textos elaborados por extranjeros referentes a la historia de México, que otros historiadores podrían considerar como clásicos.

Aviraneta escribió un vivo retrato de los jarochos: eran silenciosos, graves y muy modestos; aunque todos sus acompañantes habían sido insurgentes ninguno tuvo una expresión malsonante contra los españoles, a diferencia de muchos mexicanos que les dirigían groseros insultos. El jarocho alardeaba de su descendencia española, desdenaba a indios y a mulatos y aun a los criollos por su “sangre revuelta” [v. I, p. 74].

Pero este conjunto de imágenes, cargadas de tonalidades y de matices, a las que también se suman los discursos de políticos e intelectuales de la época, muestran el interés del autor por rescatar en la historia de México la imagen de un drama irresoluble, la xenofobia, la xenofilia, la discriminación y el racismo imperante en la sociedad nacional.⁴¹ De tal forma que, en la historia de *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero* subyace otro conflicto de larga duración que permanece con distintos ritmos e intensidades en la mentalidad de los mexicanos y de los extranjeros a todo lo largo de la historia de México y que en buena medida también refleja un problema histórico de nivel mundial. De los discursos y las manifestaciones de la xenofobia hacia algunos extranjeros, en especial hacia los chinos, los españoles y los estadounidenses, el autor también destaca otro problema central en la historia de México, el racismo de algunos sectores de la población nacional, en especial hacia la población indígena. Así lo refiere cuando hace una valoración sobre el tenor:

Otra razón que ayuda a explicar el olvido en que se tuvo al indio fue el haber nacido México en un ambiente espiritual de desorbitado optimismo. [...] Con el transcurso de los años, conforme se fue perdiendo la fe en la opulencia de los recursos naturales del país, también se fue perdiendo la fe en la calidad de los hombres, principalmente de los indios. En adelante fueron vistos, cada vez más, como una carga irredimible, tarada por todos los vicios. De ahí que se haya buscado con tan exagerado afán la inmigración extranjera. Esto no es de extrañar, pues en la escala de discriminaciones las había aún de indios a indios. Refiere Frederick Starr que los mestizos y los mismos aztecas despreciaban y trataban como perros a los indios huastecos de Tamaulipas, a pesar de ser estos últimos

⁴¹ Según Giovanni Sartori, “¿Racismo? Es una acusación expeditiva, superficial, que generaliza demasiado, y que tiene el riesgo de ser muy contraproducente. El que es acusado de racista sin serlo se enfurece, e incluso acaba por serlo realmente. No debemos generalizar, sino debemos precisar. El espectro de las reacciones ante el recién llegado es variado y complejo. En muchos casos, la reacción es sobre todo de defensa del puesto de trabajo y del salario [...]. Después se dan casos de ‘xenomiedo’: un sentirse inseguros y potencialmente amenazados. Por último nos encontramos con situaciones de rechazo (xenofobia). Y sólo en ese momento y desde ese momento es cuando nos topamos con un verdadero y auténtico racismo”. *La sociedad multiétnica: pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, trad. de Miguel Ángel Ruiz de Azúa, Madrid, Taurus, 2001, 139 p. (Pensamiento), p. 51-52.

los indios más limpios, industriosos y mejor vestidos de México. Otro ilustre viajero [Carl Lumholtz] precisó esa escala de discriminaciones cuando escribió que “tuvo que proteger al perro de los indios, a los indios de los mexicanos y a los mexicanos de los americanos”. Cosa que le parecía sorprendente, pues los indios en su estado natural eran “en ciertos puntos, superiores, no sólo a la mayoría de los mestizos, sino a la masa común de los blancos” [v. II, p. 344].

Así, el texto recorre la historia de la xenofobia y la xenofilia que mostraron distintos sectores de la sociedad nacional, al tiempo que compara las mismas actitudes que enfrentaron los emigrantes mexicanos en el extranjero durante los siglos XIX y XX. Con particular ímpetu destaca el problema de intolerancia religiosa en un país predominantemente católico, en especial hacia los protestantes y en menor medida hacia los judíos. Distingue diferencias y similitudes en las manifestaciones xenófobas y xenófilas. En sus palabras: “Por su riqueza, número, vecindad y ligas históricas, cinco son los grupos extranjeros con los cuales México ha tenido mayores puntos de contacto y fricción: españoles, franceses, norteamericanos, guatemaltecos y chinos. Éstos han sido, probablemente, los más atacados, incluso desde un punto de vista racial, no sólo histórico (como los españoles y los norteamericanos)” (v. III, p. 87).

Sin embargo, en la obra destaca fundamentalmente el papel desempeñado por los españoles y los norteamericanos en México.⁴² En el caso de los primeros, más allá de las descripciones sobre la importancia económica, política y social de los españoles en México, en el comercio, la minería y las haciendas o su participación como agiotistas y banqueros, muestra constantemente las distintas reacciones hispanóforas en la historia de México. Desde aquellas manifestaciones de repudio por su deslealtad a la Independencia de México, que provocaron su expulsión en 1827 y 1829; los asesinatos de Chiconcuac y San Vicente al mediar el siglo XIX, que provocan un conflicto internacional de difícil resolución; las manifestaciones populares hispanóforas durante las celebraciones patrias, desde los ataques a panaderías y bodegas de víveres durante la Revolución de 1910 hasta las consignas de grupos nacionalistas que proclamaban su expulsión del país por su “desleal competencia” durante el cardenismo. En contraste también muestra la hispanofilia, desde los discursos pro inmigratorios de algunos políticos decimonónicos y aún posrevolucionarios que consideraban a los españoles como los inmigrantes más asimilables a la sociedad nacional por sus ligas históricas y culturales,

⁴² El ímpetu de González Navarro por destacar la importancia de los españoles y los estadounidenses se evidencia claramente en los apartados que les dedica en el primer volumen de *Los extranjeros...*, puesto que su estudio ocupa prácticamente tres cuartas partes del mismo.

como aquellos que se dieron en el apoyo a la causa republicana al recibir a los refugiados españoles de 1938. En este sentido el autor también reconoce el aporte de los españoles a la cultura nacional y la importancia que le confiere a su estudio en la obra. Así, dice:

Yo diría que los españoles [son los inmigrantes más significativos en el libro], tal vez por el tercio de mi ser que me toca de ascendencia española vía los altos de Jalisco, pero también por el hecho de que pues nuestra cultura es española; claro, hemos recibido la influencia francesa muy grande también. Y cuando yo me apliqué la calificación de Molina Enríquez, por aquello del mestizaje, por la parte que tengo de origen africano, me resulta difícil imaginarme que yo me fuera a África a buscar mis raíces, realmente no me lo imagino. (E)

Aunque a lo largo de la obra el autor destaca el papel económico, político, social y cultural de distintos grupos extranjeros en México, como los alemanes, los británicos o los franceses, o su impacto en determinadas regiones del país como los guatemaltecos en Chiapas, los italianos en Veracruz o los chinos en Sonora, el entramado de la obra se une dentro de un discurso general que muestra las manifestaciones de rechazo o simpatía hacia cada uno de los grupos. Claro está, el autor también evidencia a través de su narrativa cierta predilección hacia algunos grupos, en particular hacia aquellos que sintió más desprotegidos. Así, cuando reflexiona sobre su simpatía por los inmigrantes chinos, dice:

Quizá estoy pensando que a lo mejor lo que hay en mi actitud frente a los chinos es una protesta contra el racismo antichino, yo por ahí encaminaría mi respuesta. Es que fue tan violento el antichinismo al final del Porfiriato y en la década de los años veinte del siglo pasado que se llegó a extremos que uno podía estar pensando que era obra de nazis: así de bárbara fue la cosa. Quizá esa sensación es la que hace que yo manifieste de algún modo cierta simpatía por los chinos, como tengo simpatía por los japoneses; y por los japoneses no es sólo simpatía, sino es una admiración porque es un pueblo extraordinario. (E)

Igual simpatía muestra hacia los emigrantes mexicanos en los Estados Unidos. Narra los conflictos laborales con los estadounidenses y aún con otros inmigrantes por conflictos de competencia laboral, o por el rechazo y discriminación imperante de la sociedad receptora en cada momento dado. Como historiador preocupado por su presente, puesto que “la historia es siempre historia contemporánea disfrazada”, como diría Eric Hobsbawm, parafraseando a Benedetto Croce, González Navarro se coloca del lado de los mexicanos, participa más activamente en la na-

rrativa al analizar los sucesos vividos por los emigrantes mexicanos en el extranjero, que también le sirven como cierre de su monumental obra. Su discurso se ofrece más fluido y más transparente en sus puntos de vista, en donde muestra la mirada de un historiador que, junto con los mexicanos residentes en el extranjero, delata la incapacidad del Estado mexicano para solucionar los enormes problemas demográficos que obligaron a muchos mexicanos a tomar el camino del extranjero.

Como toda obra de historia contemporánea, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, muestra la mirada de un autor dedicado al estudio de su propio pasado, aun el más cercano a su experiencia vital, preocupado por entender el devenir histórico de México, al que muestra entramado en un escenario en el que parece vislumbrarse cierto dramatismo. La historia que se entreteje en el andamiaje explicativo no ofrece una alternativa alentadora, no vislumbra un futuro promisorio; por el contrario muestra que en la historia ha existido un conflicto constante e irresoluble. Un conflicto que si bien caracteriza a la historia de México, también a la historia mundial, y que muestra que en el pasado ha aparecido en forma recurrente el fantasma de la falta de entendimiento entre los hombres. No es casual que el hilo narrativo muestre este drama en sus formas más desgarradoras: la xenofobia, la discriminación y el racismo. Sin duda el autor se inclina por la tolerancia, la justicia, el entendimiento y el respeto a la otredad, aunque no deja de alertar sobre los riesgos de una pérdida de equilibrio. En ese sentido tal vez el mayor esfuerzo de la obra se refleje en la mirada de un historiador que hizo su mayor esfuerzo por comprender lo que él mismo es para comprender al otro.